

su admiración; ¡pero aquí hay que entregarse, hay que residir en la propia casa de Jesucristo, hay que vivir su propia vida!

La Eucaristía es la más noble aspiración de nuestros corazones, ¡amémosla, pues, apasionadamente!

Dirá alguno: todo esto es una exageración.

¡Sí, el amor no es más que una exageración! Exagerar es exceder, sobrepujar la ley, ir más allá de lo que ésta exige; pues bien, ¡el amor debe exagerar!

El amor que Jesucristo nos demuestra al quedarse con nosotros sin honores, sin servidumbre, ¿no es también exagerado?

Aquel que no quiere rebasar un ápice la línea de sus obligaciones, quien se atiene solamente, exclusivamente, al estricto cumplimiento de su deber, éste tal no ama. No ama sino aquel que siente en sí la pasión del amor.

Y vosotros tendréis la pasión de la Eucaristía, cuando Jesucristo en el Santísimo Sacramento sea vuestro pensamiento habitual; cuando vuestra felicidad consista en ir á sus piés, cuando vuestro constante deseo sea agradarle.

¡Vamos, pues, entremos en Jesucristo Nuestro Señor! Amémosle, siquiera sea poco, por El mismo, por su bondad; ¡sepamos olvidarnos á nosotros mismos y darnos á este buen Salvador! ¡Sacrifiquémonos, pues, algún tanto! ¿Veis esos cirios, esa lámpara que se consumen sin dejar nada, sin reservar cosa alguna?

¿Por qué también nosotros no hemos de ser para Jesucristo un holocausto del que nada quede?

¡No, no vivamos ya más; que Jesucristo-Hostia viva sólo en nosotros! ¡Nos ama tanto!



## LA EUCHARISTÍA ES NUESTRA VIDA

*Ego sum via, veritas et vita.*

«Yo soy el camino, la verdad y la vida.»

(JOANN., XIV, 16.)

### I

**J**ESUCRISTO pronunció estas palabras cuando se hallaba todavía entre los hombres. Pero ellas se extienden más allá de la vida humana del Salvador. Estas palabras son para siempre, y pueden aplicarse siempre con la misma verdad al Santísimo Sacramento. En la vida espiritual hay también caminos ficticios, artificiales, travesías que pueden seguirse durante algún tiempo para dejarlas después. Mas Jesucristo en el Santísimo Sacramento es el camino estable, perpetuo. Es el medio, el modelo, pues de poco nos había de servir conocer el camino, si con su ejemplo no nos enseñase á andarlo. No se va al cielo sino participando de la vida del Salvador. Esta vida se nos da en germen por el bautismo; los sacramentos la fortalecen; pero consiste principalmente en la práctica é imitación de las vir-

tudes de Jesucristo Nuestro Señor. Nosotros necesitamos ver á Jesucristo trabajando, si queremos imitar sus virtudes; seguirle en todos los detalles de los sacrificios y de los trabajos que se le exigen para que reine entre nosotros. Sus virtudes son la aplicación de sus palabras, son sus preceptos en acción. Para llegar á la perfección, es necesario detallarlos, pues no es perfecto sino aquello que se ha particularizado: *Non est perfectum nisi particulare*. El Verbo eterno que quería conducirnos á su Padre, y que no podía practicar en el cielo las virtudes humanas, pues todas ellas implican la idea de combate y sacrificio, se hizo hombre; tomó lo que es propio del hombre y trabajó ante sus ojos. Y como en el cielo, adonde remontó glorioso, no podía practicar nuestras virtudes de paciencia, pobreza, humildad, etcétera, se hizo Sacramento para continuar siendo nuestro modelo. Estas virtudes no proceden ya de la libertad, ni con ellas hace ya los actos meritorios que practicó en su vida mortal: lo que ha hecho de estas virtudes es su estado, revistiéndose luego de este estado. En otro tiempo practicaba los actos; mas hoy se ha revestido exteriormente del estado de los mismos. En la tierra fué humilde y humillado: hoy reina glorioso, pero bajo una apariencia de humildad en el Santísimo Sacramento. Jesucristo se ha vinculado el estado de las virtudes de una manera inseparable; al contemplarle, vemos sus virtudes, y sabemos cómo hemos de practicar los actos de estas mismas virtudes. Quitad su humillación, y cesa el estado sacramental. Suprimid su pobreza, figuraos que ande seguido de un cortejo magnífico: en tal caso nosotros nos veremos anonadados ante su majestad, y ya allí no descubriremos el amor; el amor

se manifiesta descendiendo. La paciencia, el perdón de las injurias, las practica aún más que en el Calvario. Allí sus verdugos no le conocían; aquí se le conoce y se le insulta. El pide á su Padre por tantas ciudades deícidas de las cuales ha sido proscrito. Sin ese grito de perdón, ya no habría Sacramento de amor; pero la justicia rodearía y protegería su trono insultado. No practica ya los actos de las virtudes, pero ostenta el estado de las mismas: y nosotros somos los llamados á practicar dichos actos, completándole de este modo. Por ello es que Jesucristo eucarístico forma con nosotros una sola persona moral. Nosotros somos sus miembros activos, su cuerpo, del cual Él es el jefe, el corazón; de tal modo que Jesucristo puede decir: Aún vivo. Y nosotros le completamos, le perpetuamos.

Allí, pues, en el Sacramento, Jesús nos ofrece el modelo de todas las virtudes; estudiaremos detalladamente algunas de ellas. ¡Nada tan hermoso como la Eucaristía!

Pero sólo las almas piadosas, las que comulgan y reflexionan, son las que pueden comprenderlo. Los demás nada de esto entienden. Pocas son las personas que piensan en las virtudes, en la vida, en el estado de Jesucristo en el Santísimo Sacramento. Se le trata como á una estatua; créese que no está allí sino para perdonarnos y recibir nuestras oraciones. Esto no es cierto. Jesucristo Nuestro Señor vive y obra: miradle, estúdiadle, imítadle. Los que no lo hacen, vense precisados á retroceder dieciocho siglos, leer el Evangelio y completarle en cuanto á los detalles íntimos; hállese privados de la dulzura de esta palabra actual y presente: Yo soy actualmente vuestro camino: ¡yo soy vuestro camino! Sin duda

que la verdad no varía y que el Evangelio es siempre un libro vivo. Pero, así y todo, ¡qué trabajo no cuesta volver la vista atrás! Y esto no es más que una representación que exige trabajo y fatiga. Esto es más especulativo, y lo que tiene tal carácter es menos á propósito para sostener la virtud. Sólo en la Eucaristía se prenden y sostienen fácilmente las virtudes. Tengamos, pues, presente que Jesucristo en el Santísimo Sacramento, no está sólo como dispensador de sus gracias, sino que está allí principalmente como nuestro camino y nuestro modelo. La educación se consigue por la presencia, por una secreta correspondencia que existe entre el corazón de la madre y el del hijo. La voz de la madre hace vibrar el corazón del hijo, mientras que los extraños no logran este resultado.

Así, pues, nosotros no reproduciremos en nosotros mismos la vida de Jesucristo, á no ser que vivamos bajo su inspiración, á no ser que Él mismo nos eduque. Podrá indicárcenos el camino de las virtudes, pero comunicarnos estas virtudes, hacer nuestra educación íntima, nadie es capaz de esto sino el mismo Jesucristo. Moisés y Josué conducían al pueblo, pero ellos mismos eran guiados por la columna de fuego. Pues del mismo modo, un director no hace más que repetiros las órdenes del Señor; este director consulta á Jesucristo, le busca en vosotros, en ti mismo, examina la gracia y las virtudes especiales que el autor de todo bien ha depositado en tu alma. Para conocerte, trata de conocer á Jesucristo en ti, y te guía por el sendero de la virtud según tu gracia dominante, que Él trata de desarrollar y aplicar á toda tu vida, bajo la alta inspección del Soberano director de las almas. El no tiene que hacer más

que repetiros las órdenes que recibe de este foco de inspiración. Pues bien; Nuestro Señor Jesucristo está en el Santísimo Sacramento para todos, no solamente para los directores de las almas; allí todos pueden verle y consultarle. Miradle como modelo de todas las virtudes y sabréis lo que tenéis que hacer. Si leéis el Evangelio, trasladadle á la Eucaristía y de la Eucaristía á vosotros mismos. Entonces se aumentará considerablemente el alcance, la fuerza de expresión de la lectura evangélica. El Evangelio se ilumina en tal caso, y vosotros tenéis ante los ojos y de una manera real la continuación de lo que leéis. Porque Nuestro Señor, que es el modelo, es también la luz que nos hace más visible el modelo, descubriéndonos al propio tiempo sus bellezas. Jesucristo en el Santísimo Sacramento es su propia luz, su propio conocimiento, como el sol ofrece en sí mismo su propia prueba, la de su existencia y propiedades, se muestra y al punto se deja conocer. Para ello no hay necesidad de razonamientos. Un hijo no razona para reconocer á sus padres. Pues así se manifiesta Jesucristo, por su presencia real. Pero á medida que conocemos mejor su voz, según que nuestro corazón está más dispuesto á recibir su divina influencia, Jesucristo aparece con más luz, de una manera especial que sólo los que aman pueden conocer. Entonces concede al alma una convicción divina que eclipsa toda otra luz de la razón natural. Ved si no á la Magdalena: una sola palabra de Jesús, y ella le ha reconocido. Así, en el Santísimo Sacramento no dice más que una palabra, pero palabra que resuena en nuestro corazón: ¡Yo soy!... Y se le oye, se le siente y se le cree con más fuerza que si le viéramos con nuestros ojos. Esta manifestación eucarística debe

ser el punto de partida para todos los actos de la vida. Es necesario que todas las virtudes nazcan de la Eucaristía. Queréis practicar la humildad, pues mirad cómo la practica Jesús en el Santísimo Sacramento. Partiendo de este punto, de este conocimiento, trasladaos luego, si os place, al Pesebre ó al Calvario, adonde llegaréis más fácilmente de este modo, pues está en la naturaleza de nuestra inteligencia el proceder de lo conocido á lo desconocido, y en el Sacramento se presenta á vuestros ojos la humildad de Jesucristo. Apoyándoos en esto os será mucho más fácil suponer lo que ha sido en su nacimiento ó en cualquiera otra circunstancia. Haced esto mismo con respecto á todas las demás virtudes, y así comprenderéis mejor el Evangelio. Nuestro Señor Jesucristo habla por su estado sacramental, y nadie mejor que Él puede hacer comprender sus palabras y sus misterios. Nos comunica, además, la unción, para que las gustemos al mismo tiempo que las comprendamos. No se busca ya la mina; se está en ella y se la explota. Sólo por la Eucaristía se siente toda la fuerza actual de estas palabras del Salvador: Yo soy el camino. *Ego sum via.* Que todo nuestro estudio espiritual consista, pues, en contemplar la Eucaristía, buscando en ella el ejemplo de lo que debemos hacer en todas las circunstancias de la vida cristiana. En esto consiste y por este medio se conserva la vida de unión con Jesús-Hostia. De este modo llegaremos á ser *eucarísticos* en nuestra vida, y nos santificaremos según la gracia de la Eucaristía.



## EL ANONADAMIENTO

### Carácter de la Santidad Eucarística.

*Exinanivit semetipsum.*

« Se anonadó á sí mismo.»

(PHILIP., II, 16).

**J**ESUCRISTO es nuestro modelo en el Santísimo Sacramento; veamos cómo nos enseña las virtudes que santifican. Para esto habremos de ver cuál es el estado de Nuestro Señor: la forma, la manera de ser de su vida será la forma y manera de ser de nuestras virtudes. Al estudiar cómo está en el Sacramento, vendremos en conocimiento de lo que quiere, pues lo exterior indica lo interior. Por las palabras y porte exterior se revela lo que es el alma. Cuando se veía á Jesucristo Nuestro Señor pobre, hablando con los pobres, colegiase de esto que había venido á salvarnos por la pobreza. Cuando moría por nosotros, nos enseñaba lo que debíamos hacer para ir al cielo. Ahora bien; el estado de Jesús en el Sacramento, el carácter que domina y que salta á la vista, es el *anonadamiento*. Este es-

tado, pues, debe hacernos comprender sus ocupaciones, sus virtudes, las cuales tomarán, cada una en su especie, esa forma, ese carácter de anonadamiento y humildad. Estudiad ese anonadamiento, y sabréis lo que tenéis que hacer para asemejaros á vuestro modelo y para permanecer en la gracia de la santidad eucarística. Tened presente que éste es el carácter dominante y distintivo de Jesús-Hostia, y que tal debe ser también el vuestro si queréis participar de la gracia eucarística.

## I

Pues bien; Jesucristo es la Santa Hostia. Toma el estado de las santas especies. Su Cuerpo y Sangre sacratísimos reemplazan la substancia de dichas especies. Jesucristo ha subordinado su estado á la manera de ser de estas especies, las cuales, por consiguiente, vienen á ser la forma de su vida, y constituyen la ley de su duración. Jesucristo es como el sujeto de las referidas especies; está á ellas sometido y de ellas depende. Es verdad que no tocan, que no alcanzan á su vida divina en el Sacramento, y que cuando dejan de existir, no por esto sufre ningún detrimento su Cuerpo glorioso; pero no obstante, cuando las especies cesan de existir, se retira Jesucristo; Él está á ellas unido, se somete á sus leyes de movimiento, de humillación, y es tratado en un todo como ellas; viéndolas se ve el estado, la manera de ser exterior de Nuestro Señor Jesucristo.

Ahora bien; las santas especies son pobres, tan pobres que no poseen ya su ser propio; la consagración ha destruido la substancia á la cual estaban

unidas naturalmente. Estas especies no tienen ya la propiedad natural de su existencia; no existen sino por un milagro. Pues así también Nuestro Señor Jesucristo: Él no tiene nada propio en el Santísimo Sacramento; del cielo no aporta más que su divina Persona. El no tiene en propiedad ni aun una iglesia, ni una sola piedra. Es pobre al igual de las santas especies, más pobre aún que en Belén; allí Él se poseía á sí mismo, tenía un cuerpo que se movía á su arbitrio, que hablaba, crecía, un cuerpo por el que se ponía en relación con sus amigos, pudiendo recibir, aceptar de ellos cualquier don. Aquí nada de todo eso. Se hacen donativos, se reciben ofrendas en derredor suyo. Pero todo ello no cambia su estado personal; que el altar sea de oro, que brillen en él millares de luces, Jesucristo no es por eso menos pobre ni menos oscuro bajo las santas especies. Está muerto civilmente, y es incapaz de recibir cosa alguna. ¡Es un muerto! El honor, la honra del religioso que hace voto de pobreza consiste en asemejarsele. Hállase como encerrado, atado en un sudario: éste es todo su vestido, siempre el mismo; un vestido que no es siquiera una substancia ni un ser natural, y es tan frágil que, si cesara el milagro, sería destruido y no podría existir ni un solo instante. He aquí, pues, el gran pobre; se necesita verle y considerarle atentamente para emitir el voto de pobreza. Estudiad su pobreza que es la de la Hostia, y sabréis hasta dónde debéis llevar el espíritu de desinterés y de pobreza.

Además, estas especies son bien humildes por cierto. Siempre blancas; mas lo blanco no es color siquiera: su vista prolongada causa fastidio. Así, pues, Nuestro Señor Jesucristo no tiene, en el Sa-

cramento, ninguna belleza visible, ninguna hermosura humana, ¡El que fué tan hermoso en su vida, el más hermoso de los hijos de los hombres! La nube que le rodea no deja percibir cosa alguna. El último de los hombres está en más alta categoría, en más elevada posición que Jesucristo: por muy desgraciado y miserable que se le suponga, este hombre será siempre *alguien*; pero Jesucristo quiso someterse á la ley de las especies y no ser más que *algo, alguna cosa*.

Las especies son inmóviles é inanimadas. Él, el Verbo, la vida del mundo, el supremo motor de todos los seres, la vida de todas las vidas, se condena á estar sin movimiento y sin acción, se aprisiona. Y se reduce y comprime hasta tal punto en la Hostia consagrada, que por pequeño que sea cualquier fragmento de ésta, allí está Jesucristo todo entero. El posee en sí mismo vida y movimiento; pero no hace uso de ello, porque se sujeta á la condición de las especies inanimadas. Se le puede insultar, escupir, cometer todas las tropelías imaginables y no se defenderá. Si pudiese sufrir todavía, sufriría más aún en la Hostia que durante su vida.

Pero ya sabéis aquellas palabras que pone el Profeta en su boca: «Yo no soy un hombre, sino un gusano de tierra». El gusano es el último de los animales que en la escala de los seres ocupa el sitio inmediatamente superior al de los vegetales. El gusano hállase desprovisto de toda vestidura, mientras que los demás animales, incluso la oruga, tienen una cubierta exterior, un tegumento cualquiera. Aseméjose á un gusano de tierra en la cruz, cuando se le expuso desnudo á los insultos de sus verdugos; pero esto no fué más que un instante. En el Sacramento

no es un gusano de tierra, pero se expone á ser invadido por los gusanos. ¡Cuántas Hostias consagradas se inutilizan por accidente ó incuria! Se deterioran, se dañan, se pican, introduciéndose en ellas los gusanos y expulsando de allí á Jesucristo, pues Nuestro Señor no reside en ellas sino mientras que están sanas. Los gusanos, pues, ocupan su lugar. ¡Y en el instante en que la Hostia entra en descomposición, cuando está medio destruída, Jesucristo se refugia en la otra mitad sana; la Hostia es disputada entre Jesucristo y los gusanos procedentes de la descomposición! En una palabra, Jesucristo asumió todas las miserias de las santas especies en cuanto á su manera de ser exterior: *Putredini divi: Pater meus es; Mater mea et soror mea, vermibus*<sup>1</sup>.

En fin, las especies no tienen voluntad. Se las coge, se las lleva adonde se quiere; sea quienquiera el que lo mande. Jesús no resiste, jamás se niega. Permite ser profanado por las manos de un malvado. Esta es una de las condiciones del estado que ha elegido. No se defiende. La sociedad venga la agresión castigando al agresor: Nuestro Señor todo lo tolera... ¿Cómo?... ¿Hasta tal punto?...

Se anonadó ciertamente en el Calvario con relación á la felicidad y á la gloria de su divinidad, y con relación á los demás hombres; pero aquí es donde realmente se abate, se anonada. El último grado de la creación consiste en no tener substancia propia, en no ser más que un accidente, una cualidad: ahora bien; Jesucristo, que no puede perder su propia substancia, toma el estado exterior, las condiciones de los simples accidentes naturales; todo esto para de-

<sup>1</sup> Job, XVII, 14.